



EL BARCO
DE VAPOR

El Pampinoplas

Consuelo Armijo

PREMIO EL BARCO DE VAPOR 1978

Ilustraciones de Ana Alonso



Primera edición: abril de 1980
Cuadragésima séptima edición: septiembre de 2017

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Carolina Pérez
Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Consuelo Armijo, 1979
© de las ilustraciones: Ana Alonso, 2017
© Ediciones SM, 2017
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-9162-0
Depósito legal: M-94-2017
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*–Cuéntame un cuento –dijo Inés.
Pero como era muy tarde, no se lo conté.
–Otro día –le prometí–, otro día te lo contaré.
Y aquí lo tienes, Inés.
Lo escribí para que saliera mejor.
Este cuento es para ti.*

● 1

LAS CARRERAS

NADA POR LA DERECHA, nada por la izquierda, solamente hierba y algunas vacas. El coche rodaba y rodaba.

–Pero ¿dónde vive el abuelo?

–En mitad del campo, te lo he dicho mil veces –le contestó a Poliche su madre.

Era verdad, pero lo que Poliche quería saber era dónde estaba *la mitad del campo* y cuándo iban a llegar. Pero su madre siempre le contestaba lo mismo, porque Poliche siempre hacía la pregunta de la misma manera y no se entendían el uno al otro.

Por fin, allí lejos, donde debía de ser *la mitad del campo*, se vio un tejado de paja, unas ventanas con persianas azules y unas paredes blancas. ¡Era la casa del abuelo!

El abuelo salió a recibirlos.

–¿Conque este mocito es mi nieto? –dijo, mirando a Poliche con curiosidad–. ¡Hay que ver lo que he dado de mí! –y pareció que se ponía orgulloso.

Poliche también miró a su abuelo con curiosidad para ver por dónde había dado de sí, pero por más que se fijó solo vio un viejecillo más bien encogido. Claro que esta vez no pre-



guntó nada, porque tenía la vaga impresión de que tampoco le iban a contestar bien.

El abuelo y la madre hablaron durante un gran rato.

Poliche se entretuvo en deshacer su equipaje. Su nueva habitación era pequeña, abuhardillada, muy bonita. En el techo había una ventana y, estando tumbado en la cama, se podía ver el cielo.



–Bueno, adiós, Poliche, hijo –dijo su madre, besándole mucho–. Espero que te diviertas con el abuelo.

El abuelo se enfadó:

–¿Tú lo esperas? –chilló–. Pues yo estoy seguro. Sería el primero que se aburriera conmigo. ¡Pues no faltaba más!

La madre no discutió, se marchó sonriendo y Poliche se empezó a divertir.

–¿Sabes inflar globos? –preguntó el abuelo.

–Claro –contestó Poliche.

El abuelo sacó un cajón de refrescos que estaba lleno de globos desinflados.

–Pues manos a la obra.

–¿Es que vamos a dar una fiesta? –preguntó Poliche.

–No –contestó el abuelo–, vamos a organizar una carrera.

¡Qué día! Es que Poliche no se enteraba de nada.

El abuelo iba atando todos los globos inflados con el mismo cordel y un nudo muy ligero, pero antes les metía una piedrecita dentro.

–Es para que no vuelen. En las carreras está prohibido volar –explicó.

Poliche ni chistó ante esta nueva información.

Luego, el abuelo trajo una caja de zapatos que estaba llena de refrescos con gas, y bebieron.

–Es preciso beber un refresco gaseoso después de inflar globos –dijo el abuelo– para recuperar el aire que hemos soltado.

–¿Eh? –se aventuró a preguntar Poliche.

–Todas las burbujas están llenas de aire –explicó el abuelo.

–¡Ah! –dijo Poliche, que esta vez había comprendido.

–Y ahora –dijo el abuelo–, a ver la carrera.

–¡Oh! –dijo Poliche emocionado.

–Oye, niño, ¿es que te enseñaron el abecedario en jueves?

Y como Poliche no entendió bien la pregunta, se puso nervioso y contestó:

–Uh, uuh.

Pero el abuelo entendió la respuesta. Eso quería decir que sí, que lo había aprendido en jueves. Pero no le importó, lo cual era normal,



dato que la cosa no tenía importancia; lo anormal habría sido que le hubiera importado.

Los globos ya estaban alineados delante de la casa.

–¿Por qué globo apuestas?

–Por el anaranjado.

–Pues yo, por el azul.

El abuelo dio un tirón del cordón con que estaban atados, los nudos se deshicieron y los globos empezaron a correr mientras se desinflaban.

–¡Azul, azul! –gritaba el abuelo.

–¡Anaranjado, anaranjado! –gritaba Poliche.



¡Y ganó el verde!

–¡Hemos perdido, pero nos hemos divertido! –gritaba el abuelo mientras preparaba la cena–. ¡Hemos perdido, pero nos hemos divertido! –gritaba entre cucharada y cucharada de sopa, cada vez más entusiasmado–. ¡Hemos perdido, pero nos hemos divertido! –seguía gritando ya en pijama a punto de meterse en la cama.

–Oye, abuelo –preguntó Poliche, que había estado pensativo todo el rato–. ¿Por qué los globos empezaron a correr cuando deshiciste el nudo?

–Porque el aire, al salir por detrás, los empuja hacia delante –explicó el abuelo–. ¡Ja, ja, ja! Los sabios llaman a eso «el principio de la acción y de la reacción». ¡Ja, ja, ja! Qué nombres se les ocurren.

Y el abuelo se metió en la cama y se durmió enseguida, agotado de haber chillado tanto.

Poliche tampoco tardó mucho en dormirse en su cama, desde la que se veía el cielo.



● 2

UN FRACASO

AL DÍA SIGUIENTE vino Anacleta en una bicicleta a visitar al abuelo. Anacleta estaba furiosa porque el Pampinoplas le había quitado sus zapatillas.

–¿Has barrido bien debajo de la cama? –preguntó el abuelo.

–¡Sí, y no están ahí!

–Pues a lo mejor es que las has metido en el horno sin darte cuenta.

Anacleta se volvió hacia Poliche en busca de comprensión:

–Tu abuelo cree que el Pampinoplas no existe, ¡pero vaya que sí!

–Y ¿cómo es? –preguntó Poliche.

–Pues nadie lo ha visto, pero se cree que muy feo.

–Ni caso, hijo, ni caso –dijo el abuelo y, cambiando de conversación, añadió–: Oye, Anacleta, me gustaría dar una fiesta para mi nieto. ¿Por qué no les dices a los niños de tu pueblo que vengan?

–¿Qué niños? –exclamó Anacleta.

–Todos –contestó el abuelo.

–Bueno, es que el uno solo tiene tres meses y el otro está con el sarampión.

El abuelo se quedó pasmado.

–Ya solo quedamos viejos en los pueblos, Agapito, ya solo quedamos viejos –suspiró el abuelo, cuyo nombre era Agapito.

Don Agapito se puso triste.

–No te preocupes por lo de la fiesta, abuelo –dijo Poliche cuando Anacleta se hubo marchado–. En vez de eso, podías comprarme una bicicleta.

Y don Agapito se volvió a poner contento.

–¿Te gustaría eso? Pues esta misma tarde vamos por ella.

Ahora fue Poliche el que se puso requetecontentísimo. ¡Una bicicleta! ¡Vaya suerte!

Nada más comer, abuelo y nieto se dirigieron al mercado. Poliche se subía a todos los árboles de puro nervioso que estaba, mientras don Agapito, que caminaba más despacio, iba detrás cantando cuplés.

–Elige la que quieras, hijo, elige la que quieras –dijo el abuelo cuando llegaron al puesto de bicicletas.

Poliche eligió una preciosa que se parecía a la de Anacleto.



–Tenga –dijo el abuelo dando un billete de cien euros al vendedor–, y quédese con la vuelta para celebrar la llegada de mi nieto.

El vendedor se quedó boquiabierto.

–¡Señor, señor! –gritó al abuelo, que ya se iba tan contento con Poliche–. Que esta bicicleta vale trescientos euros, y aquí solo van cien.

–¿Cómo es posible? Si en mis tiempos solo valían diez pesetas. Por mucho que hayan subido...

–Ha llovido mucho desde sus tiempos, abuelo –dijo el vendedor, quitando la bicicleta a Poliche y devolviendo el dinero al abuelo–. Ha llovido mucho.

–Válgame Dios, válgame Dios –iba diciendo el abuelo mientras caminaba de vuelta de la mano de Poliche.

–Válgame Dios, válgame Dios –iba diciendo también Poliche. Y en esto, tuvo una idea–: Abuelo, a lo mejor podemos fabricar una con ese carro viejo que tienes en el patio.